

CAPITULO I

UN PRINCIPIO UTIL

Suena muy descabellado, le comenté a mi madre por teléfono. Yo me encontraba realizando el doctorado en genética animal en la Universidad de Cornell de los Estados Unidos cuando me sorprendió ver un texto de mi padre publicado por la revista *Proceso* el 29 de agosto de 1994. En éste, continuaba con una idea que el ingeniero esbozara una semana antes en el número 929 de esa misma revista. Una alianza del PRD con los grupos democráticos del PAN era lo que Heberto Castillo sugería.

No imagino a muchos perredistas impulsando a ningún candidato del PAN le mencioné. Mencioné un nombre –recuerdo muy bien-. Rosario Ibarra no votaría nunca por nadie del PAN, ni por Don Luis H. Álvarez –espeté. Tu padre es un visionario –respondió. Platica con él. Así lo hice la noche siguiente. Heberto muy sereno me indicó que desde su perspectiva había que trazar una estrategia de alianzas con sectores democráticos de la izquierda y de la derecha. No me convenció de inmediato pero me hizo reflexionar por semanas, por años. Incluso después de su muerte con más fuerza.

En el artículo publicado el 22 de agosto de aquel año titulado *Fuente Ovejuna*, Heberto escribió: *Hace años invité a Luis H. Álvarez, en huelga de hambre que pretendía fuera terminal, a que sumáramos fuerzas para luchar por la democracia. Ahora, con la pena que me embarga por los resultados electorales, recuerdo a los dirigentes del PAN, a Diego Fernández de Cevallos, a mi querido compañero Cuauhtémoc Cárdenas que tan gallarda lucha ha dado por la democracia, a los insurgentes sin rostro pero con gran corazón y conciencia de Los Altos de Chiapas, representados por Marcos, a que unamos fuerzas desde ahora para derribar esa muralla de ignorancia que es el partido de Estado, obstáculo fundamental para lograr la democracia en México. Y con ella la justicia y la equidad entre los mexicanos.*

Y remató: *Acabemos con el enemigo de la democracia, la justicia, la paz y la dignidad en México; como en Fuente Ovejuna: ¡Todos a una!*

Heberto fue siempre un hombre de izquierda pero al mismo tiempo manifestó en múltiples escenarios públicos y privados su preocupación por la forma dogmática en que se comportaba gran parte de la izquierda socialista y comunista mexicana y la izquierda del mundo entero en general. De formación científica sólida, matemático destacado, entendía la provisionalidad de las verdades producto del quehacer científico. *Del mismo modo en que no puedo ser Copernicano, Newtoniano o Einsteiniano, no puedo ser Marxista*, solía decir con un cierto dejo de ironía. Entendía que la integración del conocimiento producto del pensamiento

científico, una especie de dinámico sincretismo de las ideas de todos, era fundamental para avanzar en la construcción de un mundo mejor. Por ello, en su discurso cotidiano valoró y rescató la relevancia de múltiples actores de la lucha política nacionales e internacionales.

La decisión de Heberto de acudir con el dirigente panista a pedirle que abandonara su huelga de hambre descansaba en una fuerte convicción democrática, que reconocía en el rival político las diferencias, pero que no le prejuzgaba ni descalificaba. Luis H. Álvarez era, para Heberto Castillo, un rival político y no un enemigo personal. Mucho menos un enemigo del país o un *"traidor a la patria"* como muchos, desde la izquierda, calificaban (y califican) a quienes ubicaban (ubican) en la centroderecha mexicana.

La historia de la izquierda mexicana demuestra que no solía haber en ella precisamente una vocación democrática, quizás por la propensión -en gran parte de sus militantes y simpatizantes- a pensar, de manera por demás simplista y peligrosa, que en política hay quienes tienen la razón y quienes se equivocan, buenos y malos, la existencia de sólo dos tonos: el blanco y el negro. Los que opinan distinto son los enemigos de la patria o ciudadanos bisoños y mal informados. El resto, los *revolucionarios*...

En el artículo de Proceso del 29 de agosto de 1994, titulado *El Voto del Miedo* el ingeniero Castillo escribió: *Por ello, a pesar de todas las diferencias que pueda haber entre el PRD y el PAN, es necesario que sus dirigentes y sus todavía candidatos a la Presidencia se sienten a discutir y a considerar la posibilidad de una defensa conjunta de la limpieza de estas elecciones y de una alianza futura para acabar con el predominio del PRI en la política nacional. Es una tarea patriótica de la dirección del PRD que debemos proponer y alentar.*

Terminar con la hegemonía de un partido en el poder era, desde la perspectiva del viejo líder, un asunto de la izquierda. Pero indudablemente lo era también de los sectores democráticos de la derecha y de los miles de ciudadanos sin partido ni preferencia política clara que estaban hartos del viejo régimen impuesto por el entonces partido de Estado: el PRI.

Heberto fue más allá y el 26 de septiembre de 1994 publicó, también en *Proceso*, un texto titulado *Todas las Trincheras* en el que señaló: *La clase, la casta, la mafia en el poder, usa todas sus armas, sus argucias y artimañas. Sabe hacerlo, se ha perfeccionado en 65 años en las malas artes. Y entiende bien que una de sus mejores armas es la intriga dentro de las fuerzas que pretende debilitar, el rumor, la calumnia, el chisme, el enfrentar a unos con otros dentro de los partidos de verdadera oposición. Dentro del Partido de la Revolución Democrática, sabe el gobierno que hay criterios diversos para enfrentarlo y trata de enfrentar a unos con otros. Teme a la unidad entre fuerzas de oposición de distinta ideología, como*

son el PAN y el PRD. Por ello a quienes proponemos sumar fuerzas nos siembran el camino de obstáculos.

Y continuó: Apoyar, por ejemplo, a Vicente Fox Quesada en Guanajuato como candidato a Gobernador es el camino más lógico para el PRD. Sumar fuerzas en Jalisco con Gabriel Jiménez Remus como gobernador por el PAN y Raúl Padilla como presidente municipal de Guadalajara por el Partido de la Revolución Democrática es también una alternativa lógica que se antoja elemental. En otros estados Acción Nacional debería sumar fuerzas con nosotros en apoyo de nuestros candidatos, es el caso de Tabasco y Michoacán.

Y previendo la controversia que sus planteamientos democráticos podrían ocasionar en los grupos de la izquierda y derecha radicales puso el dedo en la llaga: *Se plantea, desde luego, la discrepancia de las ideologías de ambos partidos. Pero en los tiempos actuales lo que trasciende son los programas de gobierno concretos.*

La idea planteada en los textos mencionados trascendió. Cercanos al inicio del proceso electoral federal del año 2000 se dieron acercamientos entre los partidos opositores al PRI. La idea de construir una plataforma política para un candidato a la presidencia común se gestó y generó un documento que quedó inconcluso cuando las figuras de Vicente Fox y Cuauhtémoc Cárdenas se enfrentaron al no poder ponerse de acuerdo sobre cuál sería el mecanismo para decidir quien sería el candidato de unidad. Los panistas y Fox consideraban que el candidato debía surgir de lo que arrojaran las encuestas que podrían ser elaboradas por diversas empresas, mientras que los perredistas y Cárdenas opinaban que el candidato debía surgir de una elección abierta. Y mientras, no sin razón, los panistas temían que la elección fuera ilegítima y llena de irregularidades, los perredistas desconfiaban, también de manera fundada, de los arreglos que podrían ocurrir entre encuestadores y los grupos empresariales para cargar los datos. Al final no hubo acuerdo y fracasó la idea de presentar un candidato de unidad y aunque la verdadera razón fue ideológica, el pretexto fue la falta de ese acuerdo. Por ello cuando en abril 17 de 2000 fui criticado por proponer la declinación de Cárdenas en favor e Fox, quienes desde el PRD argumentaban que se trataba de proyectos incompatibles y aparentemente en completa contradicción, olvidaban que unos meses antes, Carlos Navarrete en representación del PRD y de Cuauhtémoc Cárdenas negociaba con otros siete partidos de oposición, incluyendo al PAN y al representante de Vicente Fox.

La carrera presidencial arrancó y en el inicio del proceso los tres principales candidatos mantenían, según diversas encuestas nacionales elaboradas por profesionales independientes, diferencias que no permitían prever el triunfo de ninguno. Francisco Labastida, el candidato del PRI y representante del viejo régimen marchaba a la cabeza, pero le seguían de cerca Vicente Fox por el PAN y

Cuauhtémoc Cárdenas por el PRD. Algunas encuestas presentaban en segundo lugar al líder perredista mientras que otras lo hacían con el empresario guanajuatense. Sin embargo, a medida que la campaña avanzaba, las habilidades de promoción de Vicente Fox y un inusitado respaldo social, impulsado por el grupo denominado *Amigos de Fox*, provocó el descenso cada vez más peligroso de las intenciones de voto por el ingeniero Cárdenas. Mientras Vicente Fox vendía su candidatura, Cuauhtémoc Cárdenas perdía respaldo social, particularmente entre los ciudadanos sin partido. En algún momento del mes de abril del año 2000, las encuestas ubicaron a Cárdenas con una intención de voto entre el 14 y 17 por ciento, lo que representaba una crisis insuperable mientras que Vicente Fox presentaba una intención de voto ligeramente superior al 34 por ciento. En esos días, resultó evidente que la lucha por la presidencia estaría entre Francisco Labastida y Vicente Fox. En mi opinión, para Cárdenas y para el PRD había llegado el momento de buscar un acuerdo político con Fox y con su partido, para declinar en su favor y garantizar la construcción de un gobierno de transición, plural y acotado. No se trataba de un acuerdo oportunista entre la izquierda y la derecha mexicana, se trataba de una oportunidad histórica para las fuerzas democráticas de todo signo, para dar paso a una nueva etapa en la transición democrática de México. Ello era así, porque de haber estado en aquellos días nuestra democracia consolidada, un arreglo de esa naturaleza habría resultado inconcebible, como quizás lo resulta ahora, a sólo unos meses de un nuevo proceso de elección presidencial, casi seis años después.

Dada mi inexperiencia con los medios de información tanto de la prensa, radio como de la televisión, para mí fue una sorpresa encontrarme repentinamente entre las patas de los caballos, sin el apoyo de mi familia (salvo el de mis hijas Marcia y Valeria y el de mi compañera Joselín) y sin el respaldo de alguna organización política. Avalado únicamente por pequeños grupos de la izquierda marginal y de algunos desprendimientos del PRD que opinaron que había llegado el momento de derribar al viejo dinosaurio. Con algunas excepciones los medios no presentaron siquiera mi carta dirigida al ingeniero Cárdenas aquel 17 de abril. Sólo algunos fragmentos que descontextualizaban el planteamiento. La Jornada y algunas plumas, sin conocer el documento descalificaron mi solicitud llamándome oportunista. Lo hicieron incluso periodistas que suelen sustentar sus artículos y que acostumbran revisar las fuentes originales como Miguel Ángel Granados Chapa. Y mientras muchos nos acusaban en aquella campaña de cirqueros, trapevistas y arribistas, la *izquierda azul*, como entre nosotros nos reconocimos, intentábamos contribuir a la transformación democrática de México.

Pasados los años algunos aún me han llegado a preguntar las razones que dieron origen a aquella carta dirigida a Cuauhtémoc Cárdenas que nunca leyeron ni conocieron y que sin embargo en muchos casos criticaron. El texto íntegro de la carta es el siguiente.

México D.F., a 17 de Abril de 2000

ING. CUAUHTEMOC CARDENAS SOLORZANO
CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE MEXICO
POR LA ALIANZA POR MEXICO
P R E S E N T E

Estimado Ing. Cárdenas,

La difícil situación que vive nuestro país y el deterioro cada vez más notorio de las fuerzas políticas de la izquierda mexicana obligan al diseño de nuevas estrategias que en el largo plazo propicien el avance de la democracia en México y en ese contexto nos permitan avanzar para conseguir un país más justo para todos. Para poder conducir a México a estadios democráticos superiores, es condición indispensable mantener un equilibrio de las fuerzas políticas del país en las diferentes instancias de gobierno.

Para la mala fortuna de los que saludamos las propuestas de la izquierda y de los que pensamos que es usted el Presidente que México necesita, su candidatura Ing. Cárdenas no ha podido convocar al apoyo popular y las encuestas a diestra y siniestra permiten prever, salvo que ocurra un acontecimiento político inusitado, la pérdida de espacios de poder para el PRD y para la centro-izquierda mexicanas durante los próximos 3 a 6 años. Se vislumbra, por ejemplo, un Congreso con solamente el 10 ó 15% de Diputados por el PRD de los que cerca de la tercera parte no serán miembros de este instituto político. Resulta fácil también prever fracturas en el PRD.

Cuando en 1988 mi padre, el Ing. Heberto Castillo Martínez, declinó su candidatura a la presidencia de México por el entonces PMS para apoyarlo a usted y al FDN, lo hizo anteponiendo el interés de la nación al de sus legítimas aspiraciones políticas personales. Entendió que sus posibilidades de triunfo eran inexistentes y comprendió que al apoyarle a usted se abría la posibilidad de conquistar la presidencia de México, conquista que sólo el escandaloso fraude perpetrado por el gobierno pudo aplastar.

La decisión de Heberto iba más allá: sabía que aún si ocurría la derrota de las fuerzas que en aquel entonces le apoyaban a usted, se sentarían las bases para la construcción de un instrumento político al servicio del pueblo de México y se avanzaría en la construcción de la democracia en el país.

A título muy personal, considero que su declinación Ing. Cárdenas en favor de Vicente Fox le permitiría a nuestro país acabar con decenas de años de gobiernos emanados del PRI que, a excepción de aquel presidido por el General Lázaro Cárdenas, tan caro han costado a México en lo político, lo económico y lo social. Declinar ahora garantizaría el triunfo de la oposición y le permitiría a usted y al PRD negociar con la dirigencia del PAN y con Vicente Fox la declinación, por ejemplo, de algunos de sus candidatos al Senado y a la Cámara de Diputados en favor de representantes del PRD, de Santiago Creel en favor de Andrés Manuel López Obrador para gobernar el D.F., y la inserción de distinguidos miembros del PRD como Rosario Robles en el Gabinete de Vicente Fox, garantizando importantes espacios de poder al PRD y a la centro-izquierda mexicanas en los próximos 6 años. Garantizaría, en suma, el equilibrio democrático y la paz social, condiciones indispensables para transitar hacia una verdadera democracia que nos permita construir en el futuro cercano un México mejor para todos. Debo hacer énfasis en que mi solicitud no implica, en ningún modo, avalar el proyecto de nación que proponen el PAN y Vicente Fox, sino más bien la búsqueda de su acotamiento. La decisión ingeniero está en sus manos.

Reciba un saludo afectuoso y mi consideración más distinguida.



Dr. Néctor Castillo Juárez

Antes de elaborar este texto había yo conversado en varias ocasiones con mi hermano Javier, quien compartía, en parte, mi preocupación por el momento que México vivía pero quien no creía que solicitar la declinación a Cárdenas fuera el paso a dar. No de manera pública al menos. Mi hermano Heberto, alejado del quehacer político, no me hizo comentario alguno. Mi hermana Laura Itzel me manifestó su total desacuerdo y molestia, me dijo que con mi carta ponía en riesgo su futuro político y el de la Fundación Heberto Castillo que recibía apoyo de senadores perredistas y me pidió que deslindara claramente a la familia, como si yo pudiera hablar a nombre de alguien más que el mío propio. Por ello el texto original sufrió un ligero y absurdo cambio del que se mofara Miguel Ángel Granados Chapa en uno de sus artículos, agregué al inicio del último párrafo la frase: *... A título muy personal...*

Yo había manifestado a Carmen Aristegui y a Javier Solórzano mi intención de hacer pública la carta que entregaría al ingeniero Cárdenas. Los había buscado porque, en mi opinión, ellos son dos periodistas destacados, honorables y confiables. No sólo no estaba yo acostumbrado a los reflectores, sino que, consciente de ser un pésimo orador, cuando me contactó Carmen Aristegui le pedí dos cosas, la primera era que como una atención al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas la carta se diera a conocer en su programa un día después de entregarla en la casa de campaña del perredista, y la segunda era que prefería que se tratara de un programa pregrabado y no de uno en vivo. Aristegui aceptó pero me pidió que la presentara en exclusiva para su programa y que por favor considerara hacerlo en vivo.

Además de leer la carta, no recuerdo con exactitud lo que se dijo en aquel programa, que salió al aire en vivo el miércoles 19 de abril, en plena semana santa, y aunque Carmen Aristegui y el *Grupo Imagen* se habían comprometido a entregarme una grabación del mismo, ello nunca ocurrió. Insistí y la solicité otra vez cinco años después. Los asistentes de Carmen Aristegui me informaron que intentaron rescatarla, sin buen éxito.

La carta de respuesta del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas fue muy dura y la leyó Carlos Navarrete vía telefónica en el mismo programa de Carmen Aristegui del 19 de abril. Reveló, en mi opinión, una visión muy poco democrática del líder perredista. Cárdenas señaló en su respuesta a Vicente Fox y al PAN, no como a los rivales políticos de la izquierda mexicana, sino como a los representantes de la *traición y la antipatria*. Desde su perspectiva política no se trataba de hombres con un proyecto político distinto, conservador y de centroderecha, sino de los *enemigos de México*. Quedaba claro que los que en realidad se preocupan por México, como él y como yo, no pueden aliarse con sus enemigos. Ese era el corolario. El texto íntegro de su inopinada respuesta fue el siguiente:

Cuauhtémoc Cárdenas

México, D.F., Abril 18 del 2000.

Sr. Dr. Héctor Castillo Juárez.
México, D.F.


Querido Héctor:

Acuso recibo de tu carta del 17 de abril. Al leerla, me parece que tienes una percepción equivocada de la situación política del país y en particular de lo que representamos en ella cada uno de los candidatos que hoy contendemos por la presidencia de la República, así como de las posiciones y del compromiso político de tu padre, nuestro recordado amigo y compañero Heberto.

Debo decirte, en primer lugar, que no podríamos pensar que hoy yo estoy en el papel que Heberto jugó en 1988 y que Vicente Fox está en el mío.

Con Heberto, aceptando que teníamos diferencias, había muchas más coincidencias, tanto en las posiciones de nuestros agrupamientos políticos –el PMS y la Corriente Democrática–, como en nuestras posiciones y trayectorias políticas personales –desde el Movimiento de Liberación Nacional hasta nuestra confrontación como candidatos en 1988.

Por otra parte, uno al otro nos conocíamos bien. Sabíamos que podíamos brindarnos confianza, entre otras, en las cuestiones políticas fundamentales.

 Cuales fueron las razones íntimas de Heberto para declinar su candidatura en mi favor, las desconozco, quizá las guardó sólo para él. Las razones públicas: las coincidencias programáticas, un convenio suscrito entre el PMS y el Frente Democrático Nacional y, sin duda, el conocimiento y la confianza personales. Heberto supo por qué declinó y supo también a favor de quien lo hizo.

Mi lucha, y puedo asegurarte sin equivocarme que también la de tu padre, no fue ni ha sido por unos cuantos cargos públicos, ni en la administración ni en el Legislativo. Es una lucha mucho más profunda: es por el rescate de la soberanía de nuestro país y por las grandes reivindicaciones del pueblo mexicano.

Cuauhtémoc Cárdenas

Heberto no cedió su candidatura ni su esfuerzo de edificación democrática ni a la reacción ni a la antipatria.

¡Y tu, el hijo de Heberto, me pides que decline por la reacción y por la antipatria!

Querido Héctor: ¿Qué representa para ti Vicente Fox? ¿Qué representa para ti el Partido Acción Nacional?

Vicente Fox, como diputado, apoyó, al igual que su partido, las grandes contrarreformas salinistas. Hoy como candidato, se pronuncia a favor del proyecto económico del régimen —el de Salinas y Zedillo—, por la privatización eléctrica, por la privatización de la industria petrolera, la que tanto y tan denodadamente defendió Heberto para que sirviera al desarrollo independiente de nuestra nación.

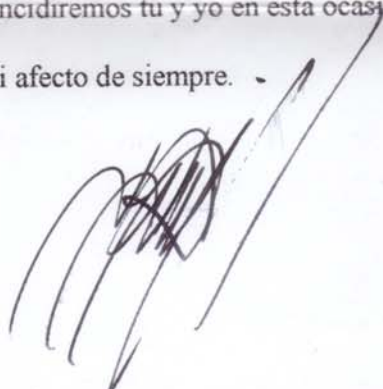
¿Tu creés que Fox aceptaría ir en contra de su ideología profunda? ¿Tienes confianza en la palabra de la reacción que ha sido a lo largo de nuestra historia la palabra de la traición?

Yo no. Por estas razones y muchas más, por la confianza que me brindan millones de mexicanos patriotas y honrados, voy, y voy con fuerza, de frente, en la misma lucha en la que siempre he estado.

Debo decirte, para terminar, que las preferencias políticas cambian. Así sucedió en 1988, así sucedió en 1997. Muchas cosas veremos en las campañas políticas de aquí al 2 de julio. Veremos entre otras cosas, muchas encuestas. Estoy optimista. La gente, la que siempre ha estado con el país, la que entendió y siguió a Heberto, está respondiendo con decisión y entusiasmo. Declinar sería fallar a esa gente, fallar al país y fallarme a mi mismo.

No coincidiremos tu y yo en esta ocasión.

Con mi afecto de siempre.



Tal vez muchos de los que nos criticaron entonces no conocieron los textos ni la opinión del ingeniero Heberto Castillo que, en mi caso al menos, dio origen a la solicitud de declinación que hiciera yo al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas. Quienes nos acusaron de traicionar a la izquierda y a mí, en lo personal, incluso de traicionar la memoria de mi padre, pretendieron no conocer o no recordar lo que su pluma escribiera aquellos meses de agosto y septiembre de 1994. Pretendieron también olvidar lo que Heberto hiciera en el Senado desde su ingreso ahí en 1994 hasta el día de su muerte el 5 de abril de 1997: Construir y fortalecer lazos con los representantes de otros institutos políticos, particularmente con el PAN, para conseguir el objetivo de terminar con la hegemonía del partido de Estado. Yo no me atrevería a decir que fueron esos otros quienes en realidad traicionaron el pensamiento político de Heberto. Me queda claro, en cambio, que lo soslayaron pensando que quizás Heberto había errado con ese planteamiento aliancista. Lo que también puedo afirmar es que al soslayarlo, pusieron en peligro la posibilidad de avanzar más rápidamente en la democratización de México ya que pudo ganar Francisco Labastida y el PRI, e impidieron que se aprovechara el *momentum* político que México vivía para construir un gobierno de transición, un gobierno acotado por la centroizquierda. De haber ocurrido así, la administración foxista habría sido obligada a construirse con base en una mayor perspectiva de justicia social. No se trataba sólo de la inserción de personalidades. Se trataba de la construcción de un proyecto de gobierno de transición, compartido. Los amarres que como consecuencia se habrían además dado en el Congreso habrían permitido hacer realidad la Reforma del Estado, y el desmantelamiento del viejo régimen habría sido realidad. La creación de la Comisión de la Verdad (y no una Fiscalía sin perspectiva ni futuro impulsada por un secretario de gobernación medroso) para revisar los hechos del pasado, particularmente los relacionados con la llamada guerra sucia, así como aquellos ocurridos en el 68 y el 71 habría sido un hecho ineludible.

Quienes en aquellos días ubicaron como saltimbanquis y desleales a muchos de los que desde la *izquierda azul* impulsamos modestamente el cambio democrático, cometieron el error de ubicarnos a todos en la misma categoría. Desde luego que hubo oportunistas, los hay también viviendo del erario en los gobiernos denominados de izquierda y de derecha de todo México. Los hubo que simplemente buscaron la oportunidad de servirse. Los hay que consiguieron espacios de poder relativamente importantes y salarios generosos. Me consta también, que muchos de nosotros, ingenuamente si se quiere, decidimos entregar nuestro pequeño capital político para conseguir escalar un peldaño hacia un México más democrático.

A veces me remonto a aquellos días y encuentro un símil que describe aquella decisión: me veo como un espontáneo en una plaza de toros. Solo, frente al toro y con la plaza llena. En medio del circo de la política mexicana. Entre contradictorios gritos de festejo y el abucheo del respetable.